

La España real

JULIÁN MARIÁS: *Cinco años de España*. Col. Boreal, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

Con *Cinco años de España*, cuarta parte de *La España real*, concluye la serie de libros que, bajo este título general, Julián Mariás ha publicado estos últimos años acerca de la realidad actual del país. El primero, *La España real*, apareció en 1976; el segundo, *La devolución de España*, en 1977; el tercero, *España en nuestras manos*, en 1978; el cuarto, el más voluminoso de todos, en este otoño de 1981. Compuestos por artículos y ensayos aparecidos previamente en periódicos y revistas (¿qué imagen de nosotros mismos, qué visión de lo que ha sucedido en este lustro tendríamos los españoles sin los artículos de Julián Mariás?), estos libros no consisten en recopilaciones de textos yuxtapuestos, sino que, en su ordenación, forman un trabado sistema de la realidad histórica del presente español, cuyos elementos y articulaciones son los temas y problemas tratados en ellos. Tampoco se piense que actual sea aquí sinónimo de «actualidad», esa espuma inconsistente que pulula por la superficie del presente, sino que se trata del ámbito en que futuro y pasado vienen a engarzarse. Las fechas de los escritos van de julio de 1974 a marzo de 1981, desde año y medio antes de la muerte de Franco hasta poco después de la dimisión de Adolfo Suárez de la Presidencia del Gobierno. Cubren, por tanto, la primera etapa de la nueva

época histórica que comenzó para España el 20 de noviembre de 1975.

El origen de estos libros de *pensamiento político* hay que buscarlo en la necesidad de innovación política, es decir, en la necesidad de encontrar una nueva trayectoria histórica a la nación al cabo de casi cuarenta años de dictadura. Mariás pensó —nos dice— que la continuación del régimen franquista bajo la forma «nueva» que se le quisiera dar era tan imposible como el simple retorno a la situación anterior a 1936. En primer lugar, porque las excepcionales circunstancias que concurrieron a la implantación del franquismo habían desaparecido ya, felizmente; en segundo, porque no existen «los mal llamados años» y hay que asumir *toda* la historia de España, y en estos cuarenta han pasado muchas cosas; tercero, porque ambas alternativas contenían una fuerte carga de *discordia* que dejaba obturado, *ipso fació*, el futuro de la nación. El largo ensayo sobre los motivos que llevaron a la guerra civil, «¿Cómo pudo ocurrir?», el más hondo análisis que se ha hecho de la atroz contienda, muestra sobradamente los motivos que había para rechazar las posiciones que la habían engendrado y la necesidad, por tanto, de buscar una salida distinta al problema político que planteaba la extinción irremediable del régimen anterior.

Ahora bien, la elaboración de una política nueva, empezando por el establecimiento previo de las condiciones que la hacen posible, pertenece al dominio del pensamiento y de la imaginación. Sólo si se ejercen esas facultades hay buena esperanza de plantear adecuadamente los problemas reales y llegar a un sistema —el configurado por la propia realidad— de soluciones eficaces, verdaderamente nuevas. «No basta —escribe Marías— con que un régimen sea político [dictadura y totalitarismo no son política, sino suplantación de la política] para que plantee adecuadamente los problemas reales...» Hace falta, ante todo, «pensar a fondo, libre, serena y responsablemente, sobre los problemas políticos españoles, sin darlos por resueltos, sin disimularlos, sin embarcarse en la primera ocurrencia o el primer arbitrio o la primera arbitrariedad». Es decir, no hay política sin *re-política*, esto es, pensamiento político.

De todos, el problema más perentorio es el de la estructura regional de la nación. La diversidad de las regiones de España, esa pluralidad de maneras de vivir y participar en su realización histórica, constituye una fuente esencial de riqueza humana que es preciso potenciar y organizar, no sólo desde el punto de vista administrativo, sino sobre todo social, *proyectivo*. La organización regional debe llevar a su vez a la «vivificación de las provincias», esas unidades menores que componen la complejísima España, para así lograr «revertebrarla», ponerla definitivamente de pie. «Ese crecimiento o intensificación de la personalidad regional —explica Marías— no podría significar mengua de la nación, segregación o apartamiento de la región, sino al contrario: mayor participación en la vida nacional, contribución más enérgica a la vida del conjunto de España.» Se trata, por consiguiente, de potenciar todos los elementos, todas las formas, todas las modalidades irreductibles de España y de ser español que constituyen lo gallego, lo valenciano, lo vasco, lo castellano, lo catalán lo asturiano, etc.

Pero ésta, como las demás empresas humanas, sólo fructifican dentro de lo que Marías denomina «la vida como verdad y como libertad», las dos caras de una

misma cosa. «¿Cuándo hay libertad?», se pregunta Marías: «*Cuando se respeta la realidad*. Cuando no se la fuerza, no se la suplanta por otra, no se va más allá de lo que las cosas verdaderamente son.» La libertad no es, pues, una entidad abstracta, sino un *sistema de libertades concretas*, conexas y solidarias, de manera que cuando una es atacada, violada o suprimida, es la libertad en su totalidad la que queda afectada. La actitud política que mejor traduce esta interpretación de la vida como libertad y como verdad es el *liberalismo*, que para Marías consiste en «la organización social de la libertad»: libertad de la justicia social, libertad religiosa, libertad de la persona, libertad del derecho a nacer, libertad de conocer y de potenciar todas las facultades humanas. Vemos, pues, que libertad y conocimiento son lo mismo, a saber: la condición esencial de toda posible acción sobre el mundo y las cosas. Por eso los cuatro libros que componen *La España real* están llenos de conocimiento acerca de nuestra sustancia histórica: de las lenguas regionales y de la común o española; de las generaciones que han forjado nuestro tiempo —la del 98, la de Ortega, Mada-riaga y tantos otros, la llamada del «27», la de Marías mismo—; sobre el cambio de generación en 1976 que augura una inflexión respecto a la trayectoria de las dos anteriores; sobre los peligros que nos amenazan —interiores y exteriores—; sobre los medios de comunicación, el estado de la Universidad, los derechos humanos; sobre los programas políticos, los requisitos de la democracia, los problemas de la energía, los logros de la cultura española en lo que va del siglo xx y sobre la considerable innovación política que representan los pocos años que lleva la Monarquía democrática; en fin, sobre la tierra, el paisaje y la historia de España. Al conjuro del pensamiento, el presente español se carga de densidad, de peso y posibilidades históricas, de proyectos que nos impulsan hacia el porvenir: sociología, filosofía *sensu stricto*, pensamiento político, historia de la literatura, de la cultura, de nuestra Edad Media y Moderna, *La España real* nos ofrece en sugestivos escorzos la historia íntegra de nuestro pueblo. A través de una *crónica cotidiana*

de la vida española de estos últimos años y de la utilización de la *razón vital e histórica*, Marías ha realizado una obra única, no sólo en cuanto a la forma, sino también en cuanto al contenido. Gracias a ella podemos tomar posesión de nuestra identidad colectiva, de nuestros errores y nuestros éxitos, de la profunda originalidad y fertilidad de nuestra cultura. Nos permite, sobre todo, tomar conciencia del gran proyecto histórico que debería configurar nuestro inmediato futuro: la puesta en marcha y en forma del mundo hispánico, pieza fundamental y primer paso auténtico hacia la construcción real de Occidente. «Occidente —escribe en uno de sus ensayos más apasionantes, 'Un proyecto histórico para el mundo hispánico'— podría no hacerse, pero sí iniciarse realmente, desde su versión hispánica; ello sería posible si nos diésemos cuenta de que *ya está casi hecho entre nosotros*; si, en vez de imitar, decidiésemos inventar, abandonarnos a nuestra originalidad y a la vez disciplinarla. Sería menester olvidar de una vez para siempre la pereza y el capricho, medir cada acción individual con el peso, es decir, con la gravedad de ese mundo inmenso e ilustre al que pertenecemos.» Ser sí mismo, conocer y respetar la realidad; la tarea no es

fácil. Los obstáculos, en el interior de España —el mal humor, el provincianismo, la insolidaridad— y en el exterior —malquerencias seculares, presiones internacionales—, son numerosos, pero no infranqueables. Con algún coraje y estudio se podrían superar las dificultades. Las casi mil doscientas páginas de *La España real*, búsqueda apasionada de una España nueva, nos demuestran que esto sería posible. A condición de no olvidar que el pensamiento y sus frutos no se poseen más que de una manera: repensándolos; cada cual con su inteligencia y su sensibilidad. Tal es la dificultad y la gloria de la hora presente. Sin conocimiento de lo que hemos sido y de lo que podemos ser no haremos nada. No hay, sin embargo, que exagerar la dificultad. Para repensar una idea basta una mediana inteligencia unida a un recto corazón. Marías ha dedicado uno de los volúmenes, *La devolución de España*, a su maestro Ortega y a Julián Besteiro, dos figuras ejemplares del siglo xx español. En dos nombres propios, la condensación de lo que entiende por la noble y compleja actividad que llamamos política: la imaginación creadora y la rectitud moral.

JUAN DEL AGUA